

# ¿A DONDE VAN?

ES una pregunta esencial, pero difícilísima de responder, porque hay delincuentes como el difunto «Jaro», y el «Colega», quienes con apenas los quince abriles clásicos para la juventud, ensangrentaron su corta biografía, pletórica de delitos, a las que no puso veto la vigente Legislación Criminal. Estos chavales disponen del pasaporte de la tolerancia gubernativa, que ha concedido el Documento de Identidad tan pronto se cumplan los dieciséis años de edad, ya culpable y no se les impide que se atiborren de anfetis y de porros, con el visto bueno, además, de los masturbadores intelectuales, de los Chelis, de las lesbianas, de los hermafroditas y de los homosexuales, engrandecidos por el Estado de la apertura aperturísima y de la vuelta del calcetín y cambio de los chalecos.

Confiesa la mismísima paridera o Escuela sevillana del PESOE que su fecha de bautismo oscila en un largo lustro extendido, desde la invasión de las «Panzer» hitlerianas frente a la Caballería polaca, al genocidio nuclear de la primeriza bomba atómica del presidente Truman encima del Japón, con el testimonio visual del traumatizado padre Jesuita Arrupe. 1942 es la data intermedia en que se inscribió la partida bautismal de Felipe González y de otros coetáneos colegas de la Universidad de Sevilla, catapultados en su pubertad a la ambición política por su amasijo del Frente de Juventudes, de las Juventudes Obreras Católicas, de la revancha de don Alfonso Fernández Torres, el socialista de Torreperogil, conmemorado ahora por los adversarios socialeros del felipismo, y la incitación del cristianismo social de las cátedras de Lovaina.

Después, en las décadas sucesivas nacieron los futuros «grapos», los pequeños maos y los virulentos «fraps», así como las manadas izquierdosas o pasotas de las sectas y heterodoxias de la hoz y el martillo, del ciempiés de las lecturas opuestas de Carlos Marx y sus secuaces y hermeneutas, de los hippy-roqueros, más las nuevas turbas desalmadas y zarrapastosas. Con el fin de aprovechar a esta prole adolescente y descarriada y someterla a la disciplina mecánica de sus células y prusiana de sus konsumoles, el Partido Comunista español introdujo de matute la atribución corrosiva a los mayores de 18 años del derecho al sufragio electoral, en la Constitución refrendada en 1978, creyendo que así se atraía, aunque luego los purificara, los votos potenciales de los drogadictos, de las machorras, de los maricas y de los bisexuales, de los atacadores solitarios, de las bandas de muchachos para el secuestro y la violación, de los maniáticos agresivos con las armas y con las refinadas cargas explosivas.

Sin embargo, resultó que no era aquel león tan fiero como lo

suponían y pintaban; puesto que una amplia porción de quienes chamullan las germanías verbales, cuales Pedro Rodríguez, Paco Umbral, Paco Onieva y compañeros mártires de los seudo Ramoncines, de las ex Vírgenes ex Locas, de toda la masividad casi quinqui, casi diabólica de las comunas y de las discotecas, de toda la totalidad humana, que en España, como fuera de nuestras barbas libertarias y puercas, se abstuvieron en los meses de diciembre, marzo y abril, o hasta expresaron un no, como más mayúsculo plebiscito contrario que las barbajas patentes en los diputados y senadores del socialismo y más ancho que sus pantalones tejanos, que ya no son tan estrechos.

Aún cuando han persistido los gánsteres de siempre, los apaches, los indios metropolitanos y las vanguardias rojas de la Italia papal y contraintelectual, los superasesinos teutones de las pandillas mandadas por Walquirias, los etarras y los demás grupos violentos teleguidados desde Praga, La Habana y Argel por la KGB, promotora también de las guerrillas urbanas y campesinas de Iberoamérica al servicio de la única organización estructural y capilar del marxismo, terrorista e independentista, por su naturaleza y metafísica; sin embargo, hay una reacción antiséptica dentro de la mocedad occidental, coincidente con el pontificado de Juan Pablo II, con la entrada en Downing Street, 10 de Margaret Thatcher, con la gerontocracia consumida del Kremlin y de Pekín, con las manifestaciones patrióticas, multitudinarias y ordenadas tras las banderas bicolors rojigualda y negra y la blanca con el aspa de San Andrés en las plazas de toros, en los pueblos, en las calles y ciudades hispanas.

Se equivocó la UCD al conceder el voto a los mayores de 18 años y al permitir la enmienda tercera, pecera de urgencia, que condujo a la mayoría de las capitales de la monarquía parlamentaria a unos ayuntamientos del Frente Popular, que monopolizan bastantes municipios, capitalinos y aldeanos, a causa de los errores y ambigüedades de una Constitución arbitraria y aprobada entre noes y omisiones. Pudo ser que el abate Sieyés tuviese en el cajón de la mesa de su despacho fraíluno el borrador de una Constitución perfecta e intercambiable, sobre la que se sentó y defecó el «Petit Caporal» (vulvo Napoleón), o que la mimetizaran con patetismo infecundo los constitucionalistas de Cádiz.

Puede ocurrir que cada profesor o catedrático de Derecho Constitucional o de Teoría del Estado dispongan de una falsilla conceptual y verborrica para constitucionalizar y lver felices, sin comer perdices, a las patrias y a las naciones de la escéptica Europa, de la tragona Norte América, o del famélico o petrodolarizado Tercer Mundo. A nosotros,

sus discípulos en la clase de Granada, nos explicaba con fruición el cantador de rondañas, don Fernando de los Ríos y Urruti, la exquisita y actualísima, entonces, Constitución mejicana de Querétaro, de la que sólo poseemos una nebulosa referencia por las coplas de la «Adelita» y de los Mariachis aztecas.

Pero tampoco alguno de su leal y atento discípulo hubiese movido el dedo meñique en favor de esa Constitución esdrújula y tan fracasada como la de Weimar. Los legisladores españoles, que bailaron al son de la zampoña y el tamboril de la Moncloa y de Castellana, 3, no se habían enterado de la marcha ideológica y sentimental de la juventud vanguardista en el orbe planetario; porque no contemplan más que la extemporánea RTVE y leen las atrasadas traducciones de la más mendaz «intelligentsia» extranjera. Así como existe la casta, más o menos espúrea de los nuevos filósofos franceses contra el opio y el deslustre marxista, así también han nacido y conviven, además, una caterva insigne de nuevos físicos y biólogos, de etnólogos, ecólogos y economistas, cuya Ciencia y Técnica son más concretas y más relativas, más humanas y trascendentales, sin dejarse llevar por un disfraz, por una música, por una droga o doncella psicodélicas.

El mundo terrestre, el celeste y el galáxico han dado un giro de 360 grados, entre el alboroto discotequero y de la «Agit-prop», del cine y del teatro, híbridos y piojosos, de los desfiles de las Misses Universo y de las paparruchas de la publicidad gregaria de las Transnacionales y Tricontinentales, o Trilaterales, en convergencia crematística con los amos escondidos de Moscú y Jerusalén. La elección del Pontífice polaco Juan Pablo II, por lo que une y tienen de San Juan Bautista y Evangelista y de San Pablo de Tarso, primogénito de los conversos, es una señal sintomática del retorno moceril y espiritual a sus coordenadas clásicas y cristianas, que son cánones renovados y eternos y no panfletos para la subversión destructora.

Las novísimas juventudes, sin renunciar a la salsa rítmica de su tiempo, se han desenganchado de las cadenas y embrujos de una esclavitud ácrata, proletaria, o movilizada a paso de oca bajo el rebenque, o el eslavo «knut» o látigo bolchevique. Las juventudes más precoces aman y defienden a su Patria tan amenazada y se zafan con valerosa alegría de las cloacas pestilenciales de la democracia prostituyente. Las prematuras juventudes, en Madrid y en el redondel inserto en el cuadrilátero hispano, marchan unidas hacia adelante en pos de su libertad y grandeza de cada día, sin la menor fobia a la grandeza y libertad de sus ayeres.

Juan APARICIO